

procurando que prevaleciese aquel sobre este, firmando siempre C. de Bonfons. El litigante, que mal aconsejado, le llamaba el señor presidente Cruchot, conocia luego su necedad en la audiencia. El majistrado protegía á los que le llamaban señor presidente, pero favorecía con sus mas halagueñas sonrisas á los que le decian M. de Bonfons. El señor presidente frisaba con los treinta y tres años, poseía la hacienda de Bonfons (*Bonæ fontis*) que redituaba siete mil libras de renta, y esperaba la sucesion de su tío notario, y la de su tío el abate Cruchot, dignidad del cabildo de san Martin de Tours, que tenian fama de bastante ricos. Estos tres Cruchot, sostenidos por un gran número de primos, aliados en veinte casas de la poblacion, formaban un partido como los Pazzi en Florencia en otro tiempo, y asi como los Pazzi, tenian tambien sus adversarios.

Madama de Grassins, madre de un jóven de veinte y tres años, visitaba asiduamente á madama Grandet, esperando casar á su hijo Adolfo con la señorita Grandet. M. de Grassins, el banquero, favorecía vigorosamente las maniobras de su mujer, por constantes servicios prestados secretamente al viejo avaro, y siempre llegaba á tiempo al campo de batalla. Estos tres de Grassins tenian igualmente sus parientes, sus primos, y sus fieles aliados.

Por parte de los Cruchot, el abate que era el pe-

queño Talleyrand de la familia, bien apoyado por su hermano el notario, disputaba vivamente el terreno á la financiera y trataba de reservar la rica herencia á su sobrino el presidente.

Este combate secreto entre los Cruchot y los Grassins, cuyo precio era Eujenia Grandet, ocupaba apasionadamente las diversas tertulias de Saumur.

M.^{lla} Grandet se casará con el señor presidente ó con M. Adolfo de Grassins?

A este problema respondian unos que M. Grandet no daría su hija, ni á uno ni á otro. El antiguo tonelero, roido de ambicion, buscará, decian ellos, por yerno algun par de Francia, á quien doscientas mil libras de renta harán aceptar todos los toneles pasados, presentes, y futuros de los Grandet.

Otros respondian que M. y madama de Grassins eran nobles, y muy ricos, M. Adolfo un gentil caballero, y que, á menos de tener un sobrino del Papa en su manga, una alianza tan conveniente debia satisfacer á jentes de nada, á un hombre que todo Saumur habia visto con la azuela en la mano, y que por otra parte habia sido del gorro encarnado. Los mas sensatos hacian observar que M. Cruchot de Bonfons tenia entrada á toda hora á la casa de M. Grandet, mientras que á su rival no se le recibía mas que los domingos. Unos sostenían que madama de Grassins era demasiado diestra para desistir;

otros replicaban que el abate Cruchot era el hombre mas insinuante del mundo, y que mujer contra clérigo, todo eran faldas, y quedaba el partido igual.

— Están empatados, decia un sabiondo de Saumur.

Los mas instruidos ancianos del pais pretendían que los Grandet eran demasiado aviesos para dejar escapar los bienes de la familia. Segun estos Eugenia Grandet de Saumur, se debia casar con el hijo de M. Grandet de Paris, rico comerciante de vinos por mayor. A esto los Cruchotinos y los Grassinistas respondian:

— En primer lugar los dos hermanos no se han visto quizas dos veces en treinta años. Despues, M. Grandet de Paris tiene altas pretensiones para su hijo; se halla correjidor de su canton, diputado, coronel de la guardia nacional, juez del tribunal de comercio, reniega de los Grandet de Saumur, y pretende aliarse con cualquier familia ducal por la gracia de Napoleon.

¿Qué no se decia de una heredera de la que se hablaba á veinte leguas á la redonda, y hasta en las dilijencias públicas de Angers á Blois?

Al principio del año 1818, los Cruchotinos llevaron una notable ventaja sobre los Grassinistas. La posesion de Froidfond, celebrada por su parque, admirable castillo, riachuelo, estanques, bosquesillos, y por su valor de cinco millones, fué puesta en venta por el jóven marques de Froidfond, obli-

gado á realizar sus capitales. Maese Cruchot, el presidente Cruchot y el abate Cruchot, ayudados por sus partidarios supieron impedir la venta por pequeños lotes. El notario terminó con el jóven un contrato de oro, persuadiéndole que habria muchas reclamaciones que hacer contra los adjudicatarios, antes de llegar al precio de los lotes, y que valia mas vender la finca á M. Grandet, hombre muy abonado, y capaz por otra parte de satisfacer el precio en dinero contante. Por entonces, la hermosa posesion de Froidfond quedó por M. Grandet, que con admiracion de todo Saumur, la pagó en oro, cumplidas todas las formalidades. Este negocio tuvo eco en Nantes y Orleans. M. Grandet visitó su nueva posesion aprovechando la ocasion de haber un carro que regresaba á ella. Despues de haber echado sobre su finca la ojeada de amo, volviósse á Saumur, seguro de haber puesto sus fondos *al cinco por ciento*, y le ocurrió la magnífica idea de redondear el marquesado de Froidfond, reuniéndole sus bienes. Luego para rellenar su caja casi vacia determinó cortar sus bosques, y especular con los álamos de sus prados.

Ahora ya es facil de comprender todo el valor de esta palabra: ¡ *la casa de M. Grandet!* aquella casa pálida, fria y silenciosa, situada á lo alto de la poblacion, abrigada por las ruinas de las murallas. Los dos pilares y la bóveda que formaban la entrada de la puerta habian sido construidos *en tufau*.

pedra blanca particular al litoral del Loira, y tan blanda que su duracion regular no pasa de doscientos años.

Los ahujeros desiguales y numerosos, estrañamente formados por la intemperie del clima, daban al arco de la bóveda y á las jambas del portal la apariencia de las piedras sulcadas de la arquitectura francesa y alguna semejanza con el pórtico de una cárcel. Sobre el arco habia un largo bajo relieve de piedra dura, que representaba las cuatro estaciones, figuras gastadas y ennegrecidas: sobre este bajo relieve un plinto saliente, encima del cual crecian algunas vejetaciones debidas al hazar, parietarias amarillas y un cerezito, bastante alto ya.

La puerta de madera maciza, oscura, seca, hendida por todas partes y al parecer de poca resistencia, estaba sostenida sólidamente por la construccion de sus goznes que figuraban dibujos simétricos. En medio de la puerta habia una rejecita cuadrada, cuyas barras bastante espesas, estaban rojas por el orin, y debajo una aldaba con que descargaban sendos golpes sobre la cabeza de un grande clavo. Aquella aldaba de forma oblonga, era del jenero de aquellas que nuestros antepasados llamabn *estafermos*; y semejabase á un gran punto de admiracion. Ecsaminándola con atencion, un anticuario habria encontrado en ella algunos indicios de la figura esencialmente burlona que debió de representar, borrada ya, á fuerza de usarla.

Por la rejita destinada á reconocer los amigos en tiempo de guerras civiles, podia distinguir el curioso en el fondo de una bóveda oscura y verduzca algunos escalones deteriorados, por los cuales se subia á un jardin pintorescamente rodeado de paredes espesas, húmedas y llenas de plantas flacas y mezquinas.

La pieza de mas consideracion en el cuarto bajo de la casa, era una sala, cuya entrada se hallaba sobre la bóveda de la puerta cochera. Pocos, muy pocos conocen la importancia de una sala en las pequeñas poblaciones del Anjou de la Turena y del Berry. La sala es á un mismo tiempo la antecámara, el salon, el gabinete y el comedor; es en fin el teatro de la vida doméstica. Allí está el hogar comun, allí iba dos veces por año á cortar el pelo á M. Grandet el peluquero del barrio; allí entraban los arrendadores, el cura, el subprefecto y el mozo del molinero.

Esta pieza tenia dos ventanas que daban á la calle, el suelo entablado, y por colgaduras paneles cenicientos con molduras antiguas: el techo se componía de vigas aparentes, cenicientas tambien, cuyos espacios intermedios eran de un blanco amarillento.

Un antiguo cuadro de cobre incrustado de arabescos adornaba la capa de la chimenea hecha de piedra blanca, mal esculpida, sobre la cual habia un

espejo verduzco, cuyos costados, reflejaban una línea de luz á lo largo del cristal: Las dos jirándulas, que decoraban cada uno de los lados de la chimenea tenian dos cabos, y quitando las rosas que servian de paletas y cuya rosca se introducía en el pedestal de mármol blanco, adornado de cobre antiguo, aquel pedestal formaba un candelero para los dias menos solemnes. Las sillas de forma antigua tenian los asientos de tapíz en que estaban representadas las fábulas de La-Fontaine; pero era menester saberlo para conocer el asunto de cada una de ellas; pues los colores se habian deteriorado y las figuras se distinguian dificilmente, estando crivadas de zurcidos. En los cuatro ángulos de la sala habia rinconeras á manera de bufetes, y en frente del paño que separaba las dos ventanas una mesa de juego de dos hojas, en cuya superficie habia pintado un tablero de damas. Encima de la mesa, habia un barómetro oval, con bordaduras negras, adornado con listas de madera dorada, de que habian abusado tan licenciosamente las moscas que el dorado era casi un problema. En la pared frontera á la chimenea colgaban dos retratos que querian representar al abuelo de madama Grandet, M. de La-Bertelliere, vestido de sub-teniente de guardias francesas, y á la difunta madama Gentillet, en traje de pastora. Las dos ventanas tenian cortinas de gorgorán encarnado, con cordones de seda y bor-

las de iglesia. Esta lujosa decoracion, tan poco en armonía con la parcimonia de M. Grandet, habia entrado en la compra de la casa, lo mismo que el espejo y los citados muebles. En la ventana mas cercana á la puerta habia una silla bastante elevada, para que madama Grandet pudiese ver á los que pasaban por la calle: delante de ella un velador, y mas allá la silla donde solia sentarse Eugenia Grandet.

Durante quince años, habian trascurrido pacíficamente todos los dias de la madre y de la hija, en aquel lugar mismo, en un trabajo constante, desde el mes de abril hasta el de noviembre. El dia primero de este mes podian empezar su estacion de invierno en la chimenea, porque M. Grandet no dejaba encender lumbre en ella hasta aquel dia, y mandaba apagarla el 30 de marzo, sin respeto á los primeros frios de la primavera, ni á los del otoño. Un escalfador en que la buena Mariana ponía el fuego que podia sacar de la cocina, ayudaba á pasar las madrugadas y tardes mas frescas del mes de abril y octubre á la esposa y á la hija de M. Grandet.

Ellas dos lavaban toda la ropa de la casa, y empleaban tan concienzudamente sus dias en este verdadero trabajo de criada, que si Eugenia queria bordar una gorguera para su madre debia quitarse las horas del sueño, engañando á M. Grandet para tener luz. Hacia ya mucho tiempo que el avaro la distribuía

por si mismo á su hija y á Mariana. Del mismo modo que cada mañana sacaba tambien el pan y comestibles necesarios al consumo del dia.

Mariana era acaso la sola criatura humana capaz de sobrellevar el despotismo de su amo. Todo Saumur se la envidiaba. Erase una moza de cinco pies y ocho pulgadas de talla, que servia á M. Grandet hacia ya treinta y cinco años. Aunque su sueldo no pasaba de sesenta libras, era tenida por una de las criadas mas ricas de Saumur. Estas sesenta libras acumuladas en treinta y cinco años, le habian permitido poner poco antes en vitalicio cuatro mil libras en poder del notario Cruchot. Este resultado de las largas y continuas economías de Mariana pareció gigantesco, y cada criada la tenia envidia, sin pensar en la dura servidumbre que habia costado á la pobre sexajenaria el pan de la ancianidad. A la edad de veinte y dos años la infeliz moza no encontraba casa donde servir á causa de su repugnante cara; y este sentimiento era por cierto bien mal fundado, pues su rostro habria caido perfectamente sobre las espaldas de un soldado de la guardia; pero en todas cosas viene bien el propósito. Obligada á abandonar una quinta incendiada en que guardaba ganado, fuése á Saumur, y animada de aquel robusto valor que todo lo arrostra, buscó donde servir.

El tio Grandet pensaba entonces casarse, y queria arreglar ya su menaje: vió á aquella muchacha

echada de puerta en puerta, y juzgando su fuerza corporal en calidad de tonelero, adivinó todo el partido que podia sacar de una hembra cortada á lo Hércules, que sabia tenerse sobre sus plantas como una encina de sesenta años sobre sus raices, y cuya prohibidad era vigorosa como su intacta virtud. Ni las berrugas, ni el color de ladrillo de aquel rostro marcial, ni los membrudos brazos, ni las manos de carretero, ni los harapos de la pobre Mariana espantaron al tonelero, que entonces se encontraba en la edad en que el corazon palpita fuertemente. Visitó, calzó, y alimentó á la pobre muchacha, la dió su sueldo, y ocupóla sin tratarla mal.

Viéndose tan bien acogida, Mariana lloró de gozo en secreto y afeccionóse sinceramente al tonelero, que por otra parte la explotó feudalmente. Mariana lo hacia todo, arreglaba la cocina, iba á lavar la ropa en el Lóira, y la volvia á cuestras; levantábase á punta de dia y se acostaba tarde; hacia la comida para todos los vendimiadores durante la cosecha; guardaba como un perro los bienes de su amo, y llena de una ciega confianza en él, obedecíale sin murmurar aun en los caprichos mas impertinentes. En el año famoso de 1818, despues de veinte años de servicio, M. Grandet resolvió regalar á Mariana su antiguo reloj, única prenda que pudo adquirir de sus manos. Aunque le abandonaba sus zapatos viejos, (bien podia calzarlos) es imposible considerar el provecho trimestral de

aquellos zapatos de M. Grandet como una fineza, por lo usados que estaban. La necesidad hizo á la muchacha tan avara que M. Grandet habia llegado á quererla como se quiere á un perro, y Mariana se habia dejado meter un collar guarnecido de clavos, cuyas punzadas soportaba con la mayor resignacion.

Si M. Grandet cortaba el pan con un poco de pacimonia, no se quejaba; disfrutaba alegremente de los provechos hijiánicos del réjimen severo de la casa, en la que jamas hubo un enfermo; Mariana hacia parte de la familia: reia cuando reia M. Grandet; se entristecia, se helaba, se calentaba, trabajaba con él; ¡Qué suaves recompensas retraia de esta igualdad! Jamas el amo habia reprendido á la criada, ni por cojer un racimo de la viña, ni por haber comido una fruta caida de un árbol.

— Vamos, aprovéchate, Mariana, solia decirle cuando las ramas se doblaban al peso de los frutos que los arrendadores se veian obligados á dar á los cerdos.

La equívoca sonrisa del tio Grandet era un verdadero rayo de sol para una moza campesina, que en toda su juventud no habia tenido mas que maltratamientos: y por otra parte, el sencillo corazon y la angosta cabeza de Mariana no podian contener mas que un pensamiento y una idea.

Hacia treinta y cinco años que iba siempre al leñero del tio Grandet; descalza y en harapos, y oia

que el tonelero la decia de continuo: ¿Qué quieres, buena moza? Y su reconocimiento era siempre juvenil.

Algunas veces M. Grandet pensaba que aquella pobre criatura no habia oido jamas ninguna palabra alagüeña, que ignoraba todos los dulces sentimientos que inspira la mujer, y que debia comparecer algun dia delante de Dios, tan casta y pura como habia nacido: movido entónces de piedad la decia: ¡Pobre Mariana!

A esta palabra *pobre Mariana* respondia esta con una mirada indefinible. Esta espresion, dicha de tiempo en tiempo, habia formado entre amo y criada una cadena de amistad no interrumpida, á la cual añadia un eslabon cada exclamacion de aquellas. Esta piedad puesta en el corazon de M. Grandet, y bien recibida siempre por su sirviente, tenia algo de horrible. Esa piedad atroz, que revelaba mil placeres en el corazon del avaro, era para Mariana todo el colmo de su felicidad. Quién pues no dirá igualmente: *pobre muchacha!* Dios reconocerá á sus ángeles en las inflecciones de su voz y en sus misteriosos afectos.

Habia en Saumur infinidad de menajes en que los criados estaban mejor tratados sin ser por eso mas estimados los amos. De aquí se suscitó esta pregunta:

—¿Qué le han dado á la criada los Grandet que les es tan afecta? Por ellos se arrojaria á las llamas.

Su cocina cuyas enrejadas ventanas daban á la calle, estaba siempre aseada, limpia, fresca, como verdadera

cocina de avaro en que nada se debe desperdiciar. Despues de haber fregado la vajilla, encerraba los restos de la comida, apagaba el fuego, y se salia de la cocina, separada de la sala por un corredor, para ponerse á hilar cáñamo al lado de sus amas. Una sola vela bastaba para toda la familia. La criada dormia en lo último del corredor, en una especie de nicho, alumbrado por una luz muy escasa. Su robusta salud le permitia habitar aquel lugar, desde donde podia oír cualquier ruido, por el profundo silencio que reinaba día y noche en la casa. A la manera del vigilante perro, debia dormir solamente de una oreja y descansar velando.

La descripcion de las demas partes de la casa se enlazará á los acontecimientos de esta historia. Por otra parte, el bosquejo de la sala, en que brillaba todo lo mas lujoso del ajuar, puede dar á conocer la desnudez de los cuartos superiores.

En 1819, Mariana no encendió fuego por primera vez en la chimenea hasta el 17 de noviembre, á causa de que el Otoño habia sido muy bueno. Aquel día lo era uno de fiesta, bien conocido de los cruchotinos y grassinistas. Asi los seis antagonistas se prepararon completamente para presentarse en la sala y sobrepujarse en pruebas de amistad.

Por la mañana todo Saumur habia visto á madama Grandet y á su hija, al ir á oír misa en la iglesia parroquial, acompañadas de Mariana, y cada cual

se acordó que aquel día era el cumpleaños de Eugenia. Por esto, calculando la hora en que debia acabarse la comida, despachábanse maese Cruchot, el abate Cruchot y M. C. de Bonfons, para llegar á cumplimentar á la señorita Grandet, ántes que los de la familia Grassins. Los tres llevaban enormes ramilletes de flores, y el presidente habia envuelto ingeniosamente el mango del suyo con una cinta blanca ensatinada, adornada con una trenzilla de oro.

Por la mañana M. Grandet, siguiendo la costumbre adaptada para los dias memorables del nacimiento y fiesta de Eugenia, fué á sorprenderla en la cama y ofrecerla solemnemente su regalo paternal, que consistia hacia ya trece años, en un napoleon de oro de cuarenta francos.

Madama Grandet solia regalar á su hija un vestido de invierno ó de verano, segun las circunstancias. Aquellos dos vestidos, los ochenta francos, y otras dos monedas de oro que solia recojer el día primero del año y el de la fiesta de su padre componíanla una pequeña renta de cien escudos poco mas ó menos, que M. Grandet se alegraba de vérsela reunir. Esto era pasar su dinero de una caja á otra, ó por decirlo así, poner en aprendizaje á la jóven heredera, á quien de vez en cuando pedian cuenta de su peculio, al que habian dado creces los señores de La Bertellière, diciéndola:

— Esto será tu *docena* de matrimonio.

La *docena* es un uso antiguo, que está en vigor aun y se ha conservado santamente en algunos países del centro de la Francia. En Berry y en Anjou, cuando una jóven se casa, su familia ó la de su esposo debe darla una bolsa en que haya, segun las riquezas, doce ó doce docenas ó docecientas monedas en oro ó plata. La mas pobre pastora no daría la mano á su novio sin recibir su docena, aunque no fuese mas que de gruesos sueldos.

Háblase en Issoudun de no se qué *docena* ofrecida á una rica heredera, que contenia ciento cuarenta y cuatro portugueses en oro. El papa Clemente, tío de Catalina de Medicis, al casarla con Enrique II, le hizo presente de una docena de medallas de oro antiguas, del mayor valor.

Durante la comida, alegre y gozoso el padre de Eugenia de verla mas hermosa con su vestido nuevo, exclamó:

— Ya que es hoy la fiesta de Eugenia, hagamos fuego en el hogar; esto será de buen agüero.

— La señorita se casará dentro de un año, esto es fijo, dijo Mariana al tiempo de llevarse los restos de un ansar, que es el faisán de los toncleros.

— No veo en Saumur un partido que la corresponda, respondió madama Grandet, mirando á su marido con aire tímido, que á su edad anunciaba la entera servidumbre conyugal, bajo que jemía la pobre mujer.

M. Grandet contempló á su hija, y dijo con alegría:

Hoy cumple veinte y tres años, y luego será menester pensar en ella. Eugenia y su madre se echaron silenciosamente una mirada de inteligencia.

Madama Grandet, flaca y seca, amarilla como un cohombro, desmañada y lenta, era una de esas mujeres que parecen haber nacido para estar tiranizadas. Eran grandes sus huesos, grande su nariz, grande su frente, grandes sus ojos, y á primera vista tenia una vaga semejanza con aquellos frutos marchitos, que han perdido el sabor y el jugo. Sus dientes eran negros y ralos, su boca rugosa y su barba hecha á manera de galápago. Erase una buena mujer, y antes de casarse se llamaba de la Bertellière. El abate Cruchot sabia hallar ocasiones en que decirle que no habia sido mala, y ella lo creia. La buena señora se hacia compadecer y respetar de todos por una dulzura anjelical, por una resignacion de insecto atormentado de niños, por una piedad rara, por una inalterable igualdad de alma, y por su buen corazon.

Su marido no le daba mas de seis francos para sus gastillos. Aunque ridícula en apariencia, aquella mujer, que en dotes y sucesiones habia llevado á su marido trescientos mil francos, se habia sentido siempre tan profundamente humillada de una dependencia y sujecion, contra la cual la dulzura

30877

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFOQUE"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO